

*Fabio nombrado dictador. – Diferencia entre la dictadura y el consulado. – Razones que movieron a Fabio a atenerse sólo a la defensiva. – Conducta opuesta de Minucio. – Aníbal decide pasar a la Campania. – Descripción de este país.*

Entre tanto en Roma se eligió por dictador a Quinto Fabio (año -218), personaje distinguido por su prudencia y por su ilustre nacimiento. Aun en nuestros días se llamaba a los de esta familia *Máximos*, esto es, muy grandes, por las gloriosas acciones de su ascendiente. Ésta es la diferencia que hay entre la *dictadura* y el *consulado*: que al cónsul acompañan doce lictores, y al dictador veinticuatro. Aquél necesita en muchos casos de la autoridad del Senado para ejecutar sus propósitos; éste es un magistrado de potestad absoluta, que una vez nombrado cesa toda otra autoridad, a excepción de la de los tribunos. Pero de esto haremos en otro lugar una digresión más exacta. Con el dictador se nombró también a M. Minucio por general de la caballería. Este oficial está bajo las órdenes del dictador; pero cuando éste está ocupado, ejerce, digámoslo así, sus funciones.

Aníbal trasladaba de tiempo en tiempo su campamento, sin salir del país próximo al mar Adriático. Hacía lavar los caballos con vino añejo, de que allí hay abundancia, con lo que los limpió de la laceria y sarna que padecían. Asimismo cuidaba de que los heridos se curasen y los restantes recobrasen la robustez y brío

para las empresas que meditaba. En este estado, así que hubo atravesado y taldado los campos de Petrutio y de Adria, como también los de los marrucinos y frentenianos, dirigió su marcha hacia Yapigia. Esta provincia está dividida en tres partes con sus denominaciones. Una la ocupan los daunios y la otra los mesapios. Aníbal primero invadió la Daunia, y empezando por Luceria, colonia romana, arrasó sus contornos. Después, acampado en torno a Ibonio, corrió el país de los argiripianos y taló impunemente la Daunia toda.

Para entonces, Fabio, tomada posesión de su empleo, salió a campaña con el general de la caballería y cuatro legiones que por costumbre se habían para él alistado, después de haber ofrecido sacrificios a los dioses. Apenas se incorporó sobre las fronteras de la Daunia con las tropas que habían venido al socorro de Rímini, separó a Servilio del mando de las legiones de tierra y le envió bien escoltado a Roma con orden de acudir donde fuese preciso, si los cartagineses hiciesen algún movimiento por mar. Él, con el general de la caballería, tomó las legiones y se fue a acampar alrededor de Eca, a cincuenta estadios de los cartagineses.

Aníbal, informado de la llegada de Fabio, para aterrar a los enemigos al primer ímpetu, sacó su ejército, lo aproximó al campo romano y le formó en batalla. Luego de un corto rato de estancia, viendo que ninguno salía, se retiró de nuevo a su campamento. Fabio, decidido a no emprender cosa sin consejo ni arriesgar el trance de una batalla, sino a atender primeramente y sobre todo a la seguridad de los suyos, vivía firme en este propósito. Al principio fue motejado y burlado de que temía y rehusaba la acción, pero el tiempo hizo confesar y conceder a todos que, en tan críticas circunstancias, ninguno era capaz de haberse conducido con más prudencia y cordura. Aun el éxito mismo de los negocios calificó prontamente de acertadas sus reflexiones. Y con razón, pues las tropas cartaginesas estaban ejercitadas desde su primera edad en continuas guerras. Tenían a su cabeza un general criado entre ellas e instruido desde la infancia en todas las evoluciones militares. Habían ganado muchas batallas en España y vencido dos veces consecutivas a los romanos y sus aliados. Y sobre todo, privadas de todo recurso, sólo fundaban la esperanza de su salud en la victoria. Lo contrario a esto sucedía en el ejército romano. Por lo cual Fabio, en el supuesto de que no era posible venir al trance de una acción general sin ser cierta su ruina, se atuvo a aquellas ventajas que le dictaba su prudencia, se contuvo en ellas y por ellas condujo la guerra.

Las ventajas que tenía Fabio y que no le podían faltar eran una abundante cantidad de provisiones y un prodigioso número de soldados. Bajo este plan se propuso en adelante seguir siempre de cerca a los contrarios y ocupar con anticipación los puestos oportunos de que tenía noticia. Como por la espalda le venían abundantes socorros, no dejaba jamás salir a forrajear al soldado, ni que se desmandase un punto fuera del real; por el contrario, los retenía juntos y reunidos, y observaba la oportunidad de los lugares y ocasiones. De esta forma interceptaba y mataba muchos cartagineses, que por desprecio se separaban a forrajear fuera del campo. Su propósito en esto era privar siempre a los contrarios de estas partidas que se desmandaban, y al mismo tiempo infundir aliento poco a poco por medio de estas particulares ventajas y recobrar el espíritu de sus legiones vencidas

antes en campales batallas. Pero hacerle consentir en dar un combate general era imposible. A Minucio de ningún modo agradaba esta conducta. Unía su sentir al de las tropas, y difamaba a Fabio en el concepto de todos, porque conducía la guerra con poca actividad e indolencia; pero que él, al contrario, anhelaba venir a las manos y arriesgar la batalla.

Los cartagineses, después de haber saqueado los campos que hemos dicho, pasaron los Apeninos y se dejaron caer sobre los samnitas, país abundante y que gozaba, desde hacía mucho tiempo, de una paz profunda; donde hallaron tanta abundancia de víveres que ni el consumo ni la tala pudieron acabar con tal despojo. Saquearon también la campiña de Benevento, colonia romana, y tomaron a Venusa, ciudad bien amurallada y abundante en todo género de riquezas. Los romanos les seguían siempre detrás, a una o dos jornadas de distancia; pero rehusaban acercarse y venir a las manos. La conducta de ver a Fabio rehusar visiblemente la batalla sin dejar jamás de acampar a su lado dio atrevimiento a Aníbal para echarse sobre las campiñas de Capua, y en particular sobre Falerno, persuadido a una de dos: o que obligaría al enemigo a combatir, o haría ver al mundo que era dueño de todo y los romanos le cedían la campiña. Con este paso se prometía que, atemorizadas las ciudades, abandonarían el partido de los romanos; pues hasta entonces, no obstante haberlos ya vencido en dos batallas, ninguna ciudad de Italia se había pasado al partido de Cartago; antes bien permanecían fieles, a pesar de haber algunas sufrido mucho. Por aquí se puede conjeturar el respeto y sumisión de los aliados para con la República romana.

Efectivamente, Aníbal reflexionaba justamente. Porque las campiñas de Capua son las más sobresalientes de Italia, ya por su bondad y fertilidad, ya por la proximidad del mar y ferias que en ellas se celebran, a que acuden navegantes de casi todas las partes del mundo. Aquí se hallan las ciudades más célebres y hermosas de toda Italia. Sobre la costa está Sinuesa, Cumas, Puzzoli, Nápoles y Nuceria; en el interior del país, al septentrión, se encuentran Caleno y Teano; al oriente y mediodía la Daunia y Nola, y en el corazón de estas llanuras está situada Capua, ciudad que excede a todas en magnificencia. A la vista de esto es muy conforme lo que los mitológicos cuentan de estos campos, llamándolos también *Flegreos*, como aquellos otros tan celebrados: ni hay que admirar que la amenidad y belleza de estas campiñas fuese el principal motivo de la contienda de los dioses. A todas estas ventajas se agrega que estas llanuras son fuertes y absolutamente inaccesibles, pues las rodean por una parte el mar y por todo el resto altas y continuadas montañas, que únicamente franquean tres entradas angostas y difíciles, viniendo del interior del país; una por el lado de los samnitas, otra por el lado del Eribiano y la restante por el lado de los hirpinos. Acampados, pues, los cartagineses en estas llanuras como en un teatro, esperaban que la misma novedad aterrara a todos y publicaría que los romanos rehusaban la batalla, al paso que los presentaría a ellos como dueños de la campaña sin disputa.